

LECTURAS

Una temporada en el Infierno

Diabolicón, la primera novela de **Jorge Ordaz**, ve la luz más de treinta años después de escrita



EDUARDO SAN JOSÉ

El último libro de **Jorge Ordaz** es el primero. Este orden invertido es más que una endemoniada paradoja. **Diabolicón** es en realidad creatura nonata, a la que su autor pusiera remate allá por los finales de los setenta, pero el cierre de la editorial frustró la inminente aparición del que hubiera sido el primer libro de aquel joven profesor de Geología llegado de Barcelona, que pronto se revelaría como un valioso filón de la literatura asturiana: prolífico narrador, finalista del Herralde y el Nadal, erudito discreto. Treinta y pico años, pues, sin ver la luz, cosa natural si se considera la materia lucífuga que contiene; nada menos que un nutrido catálogo de diablos, ordenados alfabéticamente y agrupados en sus jerarquías de ángeles caídos: los terribles «superiores y mandamases», los inquietantes «intermedios y de oficios» y la entrañable patulea de los «menores y del montón».

Casi como un fósil literario del pasado, este libro es una cata geológica que nos devuelve a la falsa erudición de **Borges** en su **Historia universal de la infamia**, al archivo fantástico de las ciudades de **Italo Calvino**, al barroquismo ilustrado de **Joan Perucho**, al **Cunqueiro** más merliniano y nigromante. De ellos rescata Ordaz el omnipresente humor de estos repertorios apócrifos, que son tanto un homenaje a la imaginación pura como una parodia del saber, tantas veces edificado en la superposición de errores y el prestigio del argumento de autoridad. Pero, a la vez, la vuelta de los tiempos nos descubre la asombrosa actualidad de una obra que podría reflejarse en las delirantes enciclopedias biográficas de **Bolaño** o **Vila-Matas**.



Diabolicón
JORGE ORDAZ

Trea, 2013
94 páginas

Nos devuelve a la falsa erudición de **Borges** en su **Historia universal de la infamia**, al archivo fantástico de las ciudades de **Italo Calvino**, al **Cunqueiro** más merliniano

Esta falsa erudición, que tanto exige saber, se consigue sobre un portentoso dominio de fuentes, veraces o verosímiles, que tanto monta, de toda suerte de quincallería paramoderna: **Ramón Llull**, **Paracelso**, **Athanasius Kircher**, **Johannes Wier**, **Mariano Cubí**, gnósticos, cabalistas, alquimistas, astrólogos, exorcistas y frenólogos comprobados, entre los que sorprendemos a veces la recta prosapia del sa-

ber: **Francisco Suárez**, **Martín Delrío**, **Feijoo**. Entre todos discuten la ortodoxia demonológica, en este diccionario enciclopédico donde las entradas añaden densa y jocosa bibliografía; bizantinismos que hoy nos parecen locura, entreteñerse en espantar las moscas de la imaginación con el rabo de la razón. Entre todos estos diablos, y diablesas (la voraz **Lilit**; **Meridiana**, amante de papas), los hay «fehacientes» (**Asmodeo**, **Belial**, **Leviatán**, **Lucifer**...) e inventados, como **Ígol**, quien «atiende todos los días, salvo domingos, que libra» (página 50); el divertido **Bibliofofas**, diablo-duende de las imprentas, quien es fama que trocó el texto piadoso del mercedario Padre Uclés «mujeres puras que podían a veces...» por un «mujeres putas que jodían a peces...»; o el diablo sastre **Ismael Florito**, extraído de **Las crónicas del sochantre** cunqueirianas, y que aún espera instalarse algún día en París. En todo caso, «lo cuenta Bayle, y es de fiar» (página 44).

En sus **Sueños**, **Quevedo** clamaba al verse condenado al Infierno y, suponía él, a la soledad eterna; hasta que llegando a las puertas del Hades descubre una interminable fila humana, en la que lo empiezan a reclamar alborozados conocidos y familiares. Así también, nada de esto nos es ajeno, para todos estos demonios hay un lector; todos estamos, al fin, en el repertorio. Y no se apresuren a la sonrisa literaria, sino a tomar y temer antes este libro por instrumento del Diablo, pues ya dijo **Baudelaire** que su mejor astucia es hacernos creer que no existe. Búsquenlo, si no, aquí; al grande y mayor, a Satanás, que todo lo confunde. No está, verdad. O quizá sí, y ande metido, como suele, a geólogo.

Jovellanos, el viaje final

Juan Pedro Aparicio novela los últimos días del ilustrado asturiano



FRANCISCO GARCÍA PÉREZ

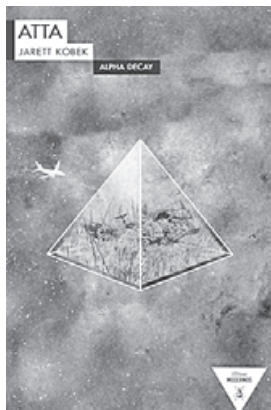
Gaspar Melchor de Jovellanos y los setenta pasajeros que en noviembre de 1811 atiborraban el quechamarín «Volante» (una pequeña embarcación de dos palos) poco podían pensar que el viaje que emprendían no iba a durar unas cuantas horas, las que bastaban para arribar a Galicia desde Gijón, huyendo del invasor francés, sino que se prolongaría más allá de una semana, en medio de una infernal tempestad, para dejarlos exhaustos en Puerto de Vega (o Vega, o Veiga). Y, si bien su estado de ánimo nada bueno hacía presagiar, tampoco parece que Jovellanos supusiese que aquel iba a ser su último viaje: sin haber concluido el mes, rendiría la vida en la casa portoveguense del amigo que lo acogió, con la esperanza aún de ganar Inglaterra y reunirse allí con su amigo **lord Holland** y, quizá, con su amor callado, **Ramona**. Pero ¿qué sintió y pensó durante aquel atroz viaje, anciano ya, arrancado una vez más de Gijón, calumniado, sin dinero, con la mente clara pero el corazón hecho polvo, quien fuera la mejor mente del siglo XVIII español? Como no lo sabemos, se abre la puerta de la imaginación y por ella entra **Juan Pedro Aparicio** (León, 1941), ganador en su día del «Nadal» y del «Castilla y León» de las Letras, narrador en novelas y relatos, ensayista, colaborador en prensa, miembro del llamado «Grupo de León» (**José María Merino**, **Luis Mateo Díez**, acaso **Julio Llamazares** y, sin duda, **Antonio Pereira**, como hermano mayor) que tantas alegrías literarias nos proporcionó en su apogeo.

Aparicio imagina a Jovellanos lamentándose a las puertas de la muerte: «Toda esa es-

La brújula. POR EUGENIO FUENTES

El 11-S visto por un arquitecto alucinado

Cuando fueron atacadas por los guerreros de **Bin Laden** se interpretó que las Torres Gemelas eran los símbolos del poder infiel estadounidense. Aunque puede que, al menos para **Mohamed Atta**, el jefe del comando ejecutor, fueran algo más. No en vano el egipcio había estudiado arquitectura en El Cairo y Hamburgo. Partiendo de esta idea, el estadounidense hijo de turcos **Jarett Kobek** ha puesto en pie una alucinada novela que se lee sin respiro. Alternando escenas de la vida universitaria de Atta con otras de los meses previos a los atentados, Kobek dibuja una mente para la que el rascacielos, empezando por los que se levantan en tierras árabes, es la quintesencia del imperialismo, el mayor enemigo de la arquitectura tradicional islámica, la atalaya desde la que los cruzados—simples instrumentos de Israel a sus ojos—violetan la sacrosanta privacidad islámica. Un volumen, completado por un intenso relato sobre el último día de **Saddam Hussein**, que da toda la medida de la potencia que alienta en la mejor narrativa de ahora mismo.



Atta
JARETT KOBK
Traducción de
Alberto Sánchez Galeano
Alpha Decay
208 páginas
18,90 euros

Un Cartarescu ácido en el mundo de las letras

Seguro que los lectores del rumano **Cartarescu** (1956), el jefe de filas de la llamada «generación de los vaqueros», han descubierto ya **Las bellas extranjeras**. Habrán comprobado, pues, que sus páginas no están pobladas por los entes mitad oníricos mitad reales de **Nostalgia** (**Impedimenta**, 2012). Pero también se habrán sorprendido al descubrir que el Cartarescu de tinte autobiográfico que late en las tres narraciones de **Las bellas extranjeras** sigue envuelto en una peculiar nube, revestida aquí con colores del humor más descarnado. Rumanía, la de estos días y la de **Ceausescu**, es, junto a la tribu literaria, el sujeto que el autor despliega en la mesa de operaciones para gratificarnos con su manejo del escalpelo. Ya sea cuando sospecha ser víctima de un ataque con ántrax, o cuando se ve envuelto en un infernal viaje a Francia junto a una docena de escritores, o incluso cuando evoca las primeras lanzas rotas muchos años atrás, **Cartarescu** hace del material de la memoria el punto de partida de una aventura siempre magna y siempre impredecible.



Las bellas extranjeras
MIRCEA CARTARESCU
Traducción de
Marian Ochoa de Eribe
Impedimenta
254 páginas
19,50 euros